

su propia inmolación. (Nunca se mostró tan humano; tan próximo a nosotros.)

—¡Pero no se haga mi voluntad —rectificaba en tono perfectamente audible—, sino la tuya!



El *flagellum taxillatum*, tipo de látigo con que fue golpeado Jesucristo.

sangre?

Su lucha interior era tremenda. Y creía, mientras El arreciaba en la oración, sudoroso, de rodillas y con la cabeza cerca del suelo. “Estaba puesto en agonía”, dice nuestro evangelista, resumiendo aquella mortal ansiedad.

Y, entonces, se produjo el

hecho, relatado por Lucas con la concisión de una historia clínica:

“Puesto en agonía, oraba más intensamente. *Y su sudor fue como gruesas gotas de sangre que caían hasta el suelo*”.

¿Un hecho maravilloso?

Al contrario. El sudor de sangre es una reacción natural.

Y tiene un nombre en la terminología médica: *hematidrosis*.

Pero resulta un síntoma excepcional, sin embargo. Ya que requiere, en palabras del doctor Marañón, “una emoción terrible”. La hematidrosis —que, dicho sea de paso, ya había descrito Aristóteles, siglos antes— tiene, por supuesto, una causa emocional. Veamos el mecanismo desde su inicio.

Toda emoción (aunque no sea intensa, incluso) coincide con una excitación del *sistema límbico*, entramado cerebral que entonces envía sus estímulos a una región vecina: la región del diencefalo (también en el cerebro). Y este diencefalo transmite a su vez los citados estímulos, utilizando las vías neurovegetativas, a los vasos sanguíneos intradérmicos. Los cuales responden *dilatándose*. Me refiero a esos finos vasos sanguíneos —vasos capilares— que forman una tupida red en la capa más profunda de la piel. Al dilatarse facilitan, claro está, una sudoración abundante —tan corriente en cualquier estado emocional—, ya que esos vasos se encuentran en contacto con millones de glándulas sudoríparas. (Recordemos que estas glándulas fabrican el sudor, utilizando ciertos materiales de la sangre y luego lo hacen salir a la superficie corporal.)

Ahora bien; si la emoción adquiere una intensidad extrema, si es una *emoción terrible*, los estímulos procedentes del cerebro serán mucho más intensos también. Y los vasos capilares llegarán a dilatarse de tal modo, que sus paredes se resquebrajarán, dejando escapar la sangre; sangre que penetra en las vecinas glándulas sudoríparas, las inunda y se mezcla con el sudor. Y ahí tenemos, pues, el sudor sangui-nolento.

La hematidrosis, por lo tanto,

resulta traumática y dolorosa. Porque las roturas de esos vasos intradérmicos, aunque microscópicas, son numerosísimas. Se producen por millones y se encuentran en el espesor de toda la piel. “Toda ella —dice el doctor Barbet— queda lesionada, dolorida y sumamente sensible a los golpes”.

Esos golpes —la paliza brutal de la flagelación— vendrían, por cierto, unas horas después. Cristo fue golpeado, al parecer, con el *flagellum taxillatum*, látigo de tres ramales; cada ramal terminado en dos bolitas metálicas que se incrustaban en la piel.

Teniendo en cuenta que aquel látigo golpeaba sobre una piel sensibilizada por la hematidrosis, el cuerpo debió quedar cubierto de heridas sangrantes desde la cabeza a los pies.

Isaías ya lo había predicho:

“Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él cosa sana, sino heridas y cardenales”.

Gota a gota

- En los últimos trece años ha descendido en España el consumo de hachís, permacece estacionario el de heroína y ha aumentado el de cocaína.
- Recientes investigaciones sugieren que, en la raza de Neanderthal (humanidad desaparecida hace unos 70.000 años), el embarazo duraba diez meses o, quizá, doce.
- La mosca *tse-tse* (que produce la *enfermedad del sueño*, gravísima afección cerebral) fue llamada así por los nativos africanos a causa del extraño ronroneo que produce al volar.
- Entre los mayas, el estrabismo (la “bizquera”) se consideraba un signo de belleza.

Francisco Torres
Médico-psiquiatra